

EL CRISTIANO, TESTIGO DE ESPERANZA

Juan José Garrido Zaragoza

I

El tema del Seminario de formación de este curso ha sido “El ser humano ante su fragilidad: del pesimismo a la esperanza”. Un tema muy humano, que nos concierne a todos de forma ineludible.

Hemos tenido ya tres sesiones:

- el sentido del sufrimiento
- razones y síntomas del pesimismo contemporáneo
- la perspectiva del cuidado

Me toca la última, que hemos titulado “El cristiano, testigo de la esperanza”. La fe es portadora de una idea del hombre y de una forma de vida consecuente con esa idea. Esa visión del hombre y de sus posibilidades de realización no se sitúa ni del lado del pesimismo ni del lado del optimismo: es una visión realista, sólo que el realismo cristiano se llama esperanza.

En la homilía del primer día del seminario recuerdo que leí y comenté un breve texto de B. Pascal sacado de sus Pensamientos. Lo recuerdo ahora, como introducción al desarrollo de mi tema. Es texto dice así:

“El conocimiento de Dios sin el de la miseria humana, engendra orgullo.
El conocimiento de esta miseria sin el de Dios, engendra desesperación.
El conocimiento de Jesucristo es el medio: en él conocemos a Dios y a nuestra miseria. (Ch. 75)

En su reflexión Pascal nos dice que el hombre es a la vez grande y miserable, poderoso y débil, fuerte y frágil. Es una caña pensante: una caña, esto es, algo muy vulnerable y frágil; algo en sí mismo poco resistente, que se quiebra con mucha facilidad. Pero pensante, esto es, capaz de comprender su propia fragilidad y de abarcar con su mente el mundo y penetrar en sus misterios, pues lleva en sí la imagen de Dios. El hombre con su pensamiento puede elevarse al infinito, conocer la verdad, inventar técnicas prodigiosas. Ahí hay un aspecto de su grandeza. Pero una teja que le cae en la cabeza, un mal resfriado, un pequeño descuido puede acabar con él. El pensamiento, la conciencia, la libertad nos hacen grandes ..., pero un pequeño dolor de cabeza, el ruido de una mosca a nuestro alrededor, es suficiente para que nos sea imposible concentrarnos y pensar y un pequeño vicio o una mala costumbre anulan nuestra libertad, somos, pues, frágiles, vulnerables, miserables.

Hay épocas en las que los hombres sólo tienen ojos para su grandeza: miran sus logros, sus avances y progresos en todos los órdenes (ciencia, política, moral), vencen o controlan sus enfermedades, producen artefactos que mejoran la vida, dominan sectores amplios de la naturaleza y casi sin darse cuenta acaban pensando que con sus esfuerzos e inteligencia, con su saber y poder, pueden dominarlo todo y tenerlo bajo previsión y control. En esos tiempos los hombres tienen la tentación de olvidar su finitud y contingencia, sus limitaciones y fracasos, y si esto ocurre acaban endiosándose y se

colocan en lugar de Dios. Son épocas de orgullo que acaban generando la creencia de que podemos ser nuestros propios salvadores. El horizonte humano se cierra entonces a la trascendencia: nada que venga de fuera puede salvar al hombre. Estas épocas se colocan bajo el signo de Prometeo, por usar un símbolo pagano.

Hay épocas, por el contrario, en las que la mirada humana se concentra casi exclusivamente en la miseria y la debilidad. La experiencia de las limitaciones, de las enfermedades y del dolor, de los sufrimientos y de los fracasos personales y colectivos, de la violencia y de las tiranías, del mal, de la injusticia, del peso inexorable del tiempo y especialmente del límite definitivo de la muerte, coloca a los hombres en el pesimismo y la desesperanza. El optimismo infundado cede el sitio al pesimismo desesperanzado. Son épocas que están bajo el signo de Sísifo.

¿En cuál de estas dos situaciones espirituales podemos colocar a nuestra época, al momento en que ahora vivimos? No es fácil decirlo. No participa ciertamente del optimismo y del orgullo de la modernidad y la Ilustración. Y la llamada post-modernidad, como sabemos, pone en un primer plano la debilidad de la razón humana y se complace en mostrar los fracasos de los proyectos emancipatorios y revolucionarios. Si esto es así, nuestra época estaría espiritualmente más próxima del pesimismo que del optimismo; sería una época de desilusión y de pocas esperanzas. La experiencia de las limitaciones y de los fracasos, si no hay más que una mirada humana y si se ha perdido la fe en el poder liberador de la razón y de la ciencia, quizás no tenga más remedio que conducir a ello.

Pero Pascal decía también: “El conocimiento de Jesucristo es el medio: en él conocemos a Dios y a nuestra miseria”; esto es, nuestra grandeza y nuestra debilidad.

En Jesucristo, Dios se ha hecho débil y frágil. Participa por amor de la fragilidad humana con todas sus consecuencias: sometido al tiempo y al espacio; sujeto al dolor físico y espiritual, al sufrimiento y a la muerte; sujeto al fracaso y a la oscuridad y al abandono. Esta debilidad de Dios se llama amor. El primer atributo de Dios que se nos manifiesta en Cristo no es el de todopoderoso, sino el de amor sin límites ni condiciones. No es la fuerza de Dios, ni su omnisciencia, lo que salva al hombre, sino el amor. Y ello nos coloca en otro ámbito, pues nos indica que el camino que Dios señala para que la humanidad recupere su dignidad es el amor. Pero, como sabemos, en Jesucristo la fragilidad ha sido trasfigurada y en su momento se manifestó en él la grandeza, la gloria, el triunfo sobre el dolor y la muerte. Por ello, en Cristo nos es posible asumir con sentido nuestra fragilidad sin sucumbir al pesimismo ni a la desesperación; y podemos contemplar nuestra grandeza, que la tenemos, sin ser presa del orgullo o del endiosamiento.

Es más: en Cristo y mediante la fe, podemos llegar a alcanzar la mayor grandeza imaginable: la grandeza de hijos de Dios. Una grandeza que nos permite conocer y situar en sus justos términos nuestra fragilidad; que hace posible que la asumamos con paz, serenidad y equilibrio; que nos da la fuerza espiritual para vivirla con esperanza.

Este es el privilegio de la fe. Conocer lúcidamente nuestra condición es para nosotros un motivo para abrirnos con confianza a Aquel que vino a nosotros como médico que cura nuestras heridas y como maestro que enseña el camino de la verdad.

Como hemos dicho, esta última sesión lleva por título: **El cristiano, testigo de esperanza**. En este mundo y en esta cultura estamos llamados a testimoniar con nuestra vida, actitudes y actos un modo de comprender el ser humano fundado en la fe en Jesucristo. Pascal decía también: “No solamente no conocemos lo que es Dios por Jesucristo, pero tampoco nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo ... Fuera de Jesucristo no sabemos ni lo que es nuestra vida ni nuestra muerte, ni Dios ni nosotros mismos”.

Por otro lado el filósofo Ortega escribió: “Cristo es el ensayo más enérgico que se ha hecho para definir al hombre”.

Y por último, el Concilio Vaticano II dijo: “El misterio del hombre solo se esclarece desde el misterio del Verbo encarnado”.

Este es, en consecuencia, nuestro punto de partida. Es cierto que en nuestra cultura, que cada vez es más plural, hay muchas maneras de entender, comprender y valorar el ser humano y que, en consecuencia, hay muchas maneras de entender y valorar su fragilidad. Algunas de esas maneras de pensar, en la medida en que los cristianos formamos parte de este mundo y de esta sociedad, han sido interiorizadas por nosotros, y no siempre sabemos discernir lo que es correcto de lo que no lo es. Nuestra cultura es cada vez más compleja. En ella conviven ideas y valores con frecuencia contrapuestos, y a veces hay formas dominantes de pensamiento que nos ocultan el auténtico perfil humano. Teniendo esto en cuenta, mi reflexión va a tener dos apartados: en el primero voy a exponer algunos aspectos fundamentales de la visión cristiana del hombre. En el segundo, examinaré alguna de las consecuencias que se desprenden de esta antropología para vivir la vida en todos sus momentos, situaciones y edades, y qué tareas nos sugiere esto a los cristianos.

II

1. Nosotros creemos en Dios. y confesamos que Él, que es intrínsecamente bueno, ha creado el mundo para participar su bien y que entre las realidades creadas está hombre -el ser humano: hombre y mujer-, hecho a su imagen y semejanza, única criatura que Dios ha querido por sí misma, y cuyo fin último y suprema felicidad es conocerle, amarle y vivir en comunión con él.

¿Qué importancia tiene esta afirmación de fe para la idea del hombre? ¿Qué conclusiones antropológicas podemos sacar de ella?

En primer lugar, si no hay más que un sólo Dios y éste es bueno, de ello se deduce que todo lo creado es bueno, que todo lo que es, en tanto que es, ha salido de la mano de Dios y posee bondad. Es bueno el espíritu, es buena la materia, es buena el alma y lo es el cuerpo ... Nada de cuanto hay, en tanto que es, es malo. La creación entera: salida de las manos de un creador bueno, es buena.

No caben aquí dualismos. No se puede decir que la materia sea el mal, o el principio del mal y que el espíritu sea el bien o el principio del bien. Ni por supuesto, se puede afirmar, como hacían gnósticos y maniqueos, que existen dos principios opuestos y coeternos -el bien y el mal-, en eterna lucha y que el hombre es su campo de batalla. Ni

mucho menos que hay dos dioses, el malo o del Antiguo Testamento, que es el responsable del mundo creado visible, y el bueno, o del Nuevo Testamento, que lo es del mundo invisible, como sostenía el gnóstico Marción. Como decimos en el Credo: "Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible...". No hay, pues, dualismo en este sentido. Y, en consecuencia, no hay fatalismo. El mal no tiene su causa en una potencia extraña que se impone y actúa en nosotros sin ser nosotros, más allá de nuestra voluntad. El mal nacerá en la libertad, en un mal uso de la misma.

Entre las criaturas de Dios sobresale el hombre. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Y esto significa que el hombre ha sido creado con capacidad de conocimiento y libertad. El hombre es, en este sentido, un pequeño Dios: de alguna manera está destinado a prolongar la acción creadora de Dios en el mundo. Esta es su grandeza, y la fuente primera de su dignidad. Recordemos el salmo 8:

"Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder. Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tu mano, todo lo sometiste bajo sus pies"

Este texto expresa la admiración ante la grandeza del ser humano. El hombre es el ser más cercano a Dios porque así lo ha querido Dios. Por medio del hombre Dios continúa su obra en el mundo -siempre que el hombre respete libremente su voluntad- y a través del hombre la creación entera adquiere conciencia, reconoce su origen y canta a Dios.

El hombre ha sido creado libre. Dios quiere que sea él quien construya su vida y su mundo; Dios quiere ser reconocido libremente. El hombre es, en consecuencia, dueño de su destino. No hay fuerzas anónimas que determinan el ser y el actuar de los seres humanos; no hay fatalismo; el hombre no es una marioneta en las manos de seres extraños o de poderes anónimos. Tiene que labrar su destino personal y colectivo. El hombre, como ser libre, es responsable. La idea de creación desfataliza, pues, la historia y la conciencia.

Este hombre, capaz de conocimiento y libre, es imagen de Dios. Esto tiene también su significado. La creación entera lleva en sí la huella de Dios, su creador; es, por ello, *vestigium Dei*. Pero sólo el hombre es entre todas las criaturas *imagen de Dios, imago Dei*. Imagen es más que huella: la imagen supone que hay en el hombre una orientación dinámica hacia Dios, su original. El hombre está hecho para Dios, y permanecerá inquieto, dinámico, hasta que repose en El, como decía San Agustín. El hombre está hecho para lo infinito, de ahí que nada finito, nada mundano, nada creado, por valioso que sea puede apagar su inquietud ni llenar su corazón, ni otorgarle la plena felicidad. El hombre, por puro amor divino, es *capax Dei*, capaz de Dios. Esto es lo que queremos decir cuando afirmamos que el hombre es una realidad espiritual, que es espíritu.

En consecuencia, el hombre es un ser desajustado al medio y al mundo. Si lo queremos ajustar, acomodar, reducir sus aspiraciones a lo que hay y ve, a lo que posee, matamos su espíritu. El hombre es apertura a Dios, y sólo en Dios podrá realizarse como ser humano, encontrar reposo y felicidad. El hombre es deseo de Dios, quiere "infinitamente" y, por ello, quiere lo infinito. El hombre quedaría reducido a pasión

inútil si borrara a Dios de su horizonte. Todo "materialismo" es, por esta razón, un atentado contra la dignidad del ser humano. Y en consecuencia, situar la propia realización, la propia felicidad, en las cosas del mundo es autoengañarse y degradarse.

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, capaz de conocimiento y libre, llamado a participar de la vida divina, continuador de la obra creadora de Dios, es, con todo, una *criatura*, una realidad finita. El hombre no es Dios; no puede ni debe vestirse con los atributos del Todopoderoso. El hombre es un ser limitado en esta vida en el tiempo y en el espacio; es frágil y vulnerable, rodeado de condicionamientos. El hombre debe, pues, asumir con lucidez su condición de criatura, su radical contingencia.

Esto también es importante tenerlo claro. Muchos de los grandes males del hombre y de la humanidad han provenido de la pretensión de querer ser Dios y de ignorar su condición de criatura. Este es en gran medida el sentido de los ateismos contemporáneos.

El hombre ha pretendido ignorar su condición de criatura y, en consecuencia, su finitud. Le cuesta asumirla. Por eso vive mal las limitaciones en las que se encuentra y, especialmente, la limitación fundamental que es la muerte. Ve en el tiempo su enemigo; aparta de su mirada el pensamiento del final. Si, además, ha suprimido a Dios de su pensamiento y de su vida, ese final le parece injusto y absurdo, y se rebela. En la concepción cristiana del hombre, asumir la muerte forma parte de la vida, pues la muerte física es considerada como el umbral de una vida plena en Dios.

2. Creado a imagen y semejanza de Dios, con capacidad de conocimiento y libre, el hombre, sin embargo, frustró su verdadero destino por el pecado. Por eso, llegado el momento oportuno, Dios, en su voluntad amorosa, lo redimió, lo recreó por medio de su Hijo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que asumió nuestra naturaleza humana y murió en la Cruz por nuestra salvación. Esto hace la realidad humana doblemente valiosa.

La encarnación -el Verbo que se hace carne- como ya decía Hegel, es el gozne de la historia universal. Dios, por amor, asume la naturaleza humana, la eleva de su condición, la deifica. El hombre es así objeto del amor redentor de Dios, y esto hace de él una realidad "amable", siempre digna de ser amada. Sacando las consecuencias antropológicas del dogma de la encarnación, un filósofo español escribió: "Antes de que esto ocurriera (la encarnación) sólo parecían estimables algunos individuos geniales; sólo la genialidad moral o intelectual o guerrera de éstos valía; por lo demás, ser hombre o ser piedra era un suceso indiferente. Pero al encarnarse Dios, la categoría de lo humano se eleva a un precio insuperable: Si Dios se hace hombre, el hombre es lo más que se puede ser."

A la encarnación hay que unir el gesto supremo de amor -la locura de amor de Dios- que es la entrega redentora de Cristo a la muerte de Cruz. En ella, por así decirlo, el precio del hombre, su valor, adquiere una dimensión infinita. Recordemos dos textos: Escribe San Pedro: "Porque sabéis con qué os compraron del modo de vivir idolátrico de vuestros padres: no con oro o plata percederos, sino con la sangre preciosa de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha" (IP.1,18 y ss.). Y leemos en el libro del Apocalipsis: "Tú mereces recibir el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua y nación" (Ap. 5,9-10). Según estos textos, y otros semejantes que podríamos aducir, el "precio" del hombre, nuestro "precio", lo que valemos, es la sangre de Dios. Es como decir que nuestro precio o valor es infinito, no comparable con nada de este mundo, sea oro o plata; es afirmar que el hombre está "fuera de mercado", que no es intercambiable por

otra realidad. El hombre, cuyo valor es la sangre de Dios, no tiene, pues, precio, sino que es una realidad digna, sagrada; y el origen de esa dignidad radica en el amor de Dios, que por nosotros ha derramado en Cristo su sangre.

Y así el hombre, todo hombre, sea cuál sea su raza, lengua o nación; o su edad, condición social o estado ..., el hombre, por la encarnación y la redención, ha sido constituido en una realidad digna, una realidad por encima de todo precio, lo que la hace única e incomparable, no manipulable según intereses o voluntades. El hombre, podemos decir, es "un fin en sí mismo", no un "medio" para otras cosas.

Hemos de congratularnos de que esta idea del hombre como "dignidad" tenga hoy día buena acogida.

3. Tenemos, finalmente, el mensaje de Cristo, sus palabras, el Evangelio. Ahí encontramos también aspectos importantes que nos ayudan a comprender lo que es el ser humano.

Las primeras palabras del Señor en el Evangelio son las siguientes: "Ha llegado el tiempo. Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc. 1,15). Fijémonos ahora en lo que significa "conversión" y "pedir conversión". En lo que significa antropológicamente.

Pedir conversión, como lo hace el Señor, supone afirmar que el ser humano no queda irremediamente atado a lo que ha sido; supone también afirmar que el hombre tampoco se define por lo que ahora, en el presente, es. Pedir conversión es exhortar al hombre a tomar la vida en sus manos, a reorientarla hacia el bien, hacia la realización de su propia dignidad, la dignidad de los hijos de Dios; es decirle que no hay cadenas por fuertes que sean que no pueda romper, que ninguna fuerza es capaz de cerrar su vida, que siempre puede ser más de lo que es, esto es, que puede ser distinto y mejor. La conversión antropológicamente hablando significa que el hombre es siempre una "posibilidad abierta", no cerrada. El "hombre supera infinitamente al hombre", decía Pascal. Y es verdad. El hombre, podemos decir, está llamado siempre a "ser más y mejor", tiene esa posibilidad; se define más por el futuro - la esperanza - que por el pasado y el presente. El hombre, en consecuencia, está llamado a "autotrascenderse". No tendría sentido pedir la conversión si no se creyera que el ser humano puede cambiar a mejor y que, por tanto, no es una realidad irremediamente fija o encadenada, sea por el pasado, sea por la biología o la psicología, sea por las circunstancias. Un autor marxista ha interpretado así el "convertíos" del Evangelio: "Vivid comprometidos: ¡es posible una humanidad perfecta! La humanidad perfecta está cerca; es posible palparla, es posible ser moralmente mejores, más puros, más hombres, exactamente a través de la propia acción y del propio compromiso. En otros términos: nadie te obliga a vivir una vida banal, convencional, egoísta, cobarde, objetivada (como diríamos hoy). Pero aún cuando lleven a esta objetivación las circunstancias de la vida, las condiciones, los tiempos, la debilidad personal y el cálculo mezquino, en el fondo queda siempre la posibilidad, a pesar de todas las cadenas, de no reducir la propia conciencia y el propio comportamiento al nivel de la pura necesidad, queda siempre la posibilidad de elevarse, de ser distintos, de cambiar interiormente, de moverse hacia el posible Reino de Dios y, por tanto, de pertenecer a él" (M. Machovec).

Se trata, evidentemente, de una interpretación secular, pero acertada en lo fundamental. Falta añadir, como es obvio, que para comprender bien el significado antropológico de la conversión es preciso hacer intervenir la gracia: la conversión es, por un lado, una obra nuestra, obra que se lleva a cabo con el ejercicio de la libertad, es una posibilidad que Dios nos da, pero que sólo él hace efectiva, y en este sentido es una

obra de Dios en nosotros.

El hombre es, pues, una posibilidad siempre abierta. Su vida, desde esta perspectiva, es una aventura, una tarea responsable y un quehacer nunca acabado. Más que un "factum", un hecho, el hombre es un "faciendum", un deber de hacerse. Y así las cosas, el hombre se define por lo que proyecta ser, por el futuro. La esperanza es así una virtud inherente a la concepción cristiana del hombre. Si Dios pide la conversión, un cambio a mejor, sea cual sea nuestra situación actual o nuestro pasado, es porque Dios espera en el hombre y si Dios espera en el hombre, el hombre no puede desesperar de sí mismo. No puede decir "basta", soy como soy y ya está; no puede resignarse a ser lo que es, a los hechos. El hombre es, en consecuencia, una realidad siempre perfectible. y esta idea del hombre como realidad siempre perfectible, idea que el mundo clásico desconoció, es hoy felizmente reconocida por no pocos antropólogos y éticos. Es importante subrayar esto.

Pero la idea del hombre como ser perfectible y nunca acabado tiene en la antropología cristiana un aspecto fundamental que la diferencia de otras antropologías. Y es que desde la fe cristiana se debe afirmar que el hombre es "posibilidad", "auto trascendencia", pero autotranscendencia "normada". y la "norma", el valor desde el que se edifica la vida, no se lo inventa el hombre, ni es un producto cultural, sino que le viene dado, se le impone desde "fuera", en el sentido de que no tiene en él su origen: viene de la fe y la revelación; pero con la particularidad de que eso que viene dado de fuera es, al mismo tiempo, la verdad de su ser. Esa norma es *Cristo*, camino, verdad y vida. Para un cristiano construir su vida consiste en apropiarse libremente de las posibilidades de existencia y de realización que el hecho de Cristo deja abiertas. Filosóficamente esto se llama "repetición" (Heidegger): no es una imitación externa, sino una apropiación personal de motivos, sentimientos y actitudes desde mi peculiar situación. Repetición es "configuración" a Cristo. Y así podemos decir que en la configuración a Cristo el cristiano encuentra la norma y meta de su vida y, por tanto, su propia realización como ser humano. De ahí que pueda afirmarse que ser cristiano es la forma más excelente de ser un ser humano, y de ahí también la afirmación de que cualquier hombre que busque honestamente su realización y se tome la vida en serio, está ya cerca de la fe y de Cristo. Por supuesto, esta configuración a Cristo es también una obra de la libertad humana y de la gracia divina.

Decir que Cristo es la *norma* es lo mismo que afirmar que el *amor* "es el camino mejor" (Cor.12,31): Cristo es el amor misericordioso de Dios hecho carne, hecho visible. La plenitud de la ley y de los profetas es el amor: el mandamiento del amor a Dios y al prójimo; en él se resume todo. "Repetir a Cristo", configurarse a Cristo es "vivir como él vivió", o lo que es lo mismo, amar como él amó. Y así, el mandamiento del amor al prójimo implica el reconocimiento de su dignidad, y conlleva también la negación del individualismo egoísta, la necesidad de apertura al otro y la concepción de la vida como entrega y donación.

Hasta ahora hemos hablado siempre del hombre, del ser humano. Pero en la concepción cristiana hay que hacer inmediatamente una puntualización de singular importancia: el hombre del que hablamos es la *persona*, y la idea de persona hace especial referencia a los otros. Esto va implícito en la fe misma en el Dios cristiano. El Dios cristiano es *uno* en naturaleza, pero *trino* en personas. Y el concepto y realidad de "persona", sin dividir la naturaleza, implica pluralidad, comunidad. Y esa pluralidad es relación subsistente. Las relaciones son, como sabemos, constitutivas de las personas divinas Padre, Hijo y Espíritu Santo. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, lleva en sí la configuración trinitaria. Y ello significa, entre otras cosas, que sin dejar de ser él mismo, no lo es del todo si no vive en relación. y esa relación a los otros es lo que lo caracteriza como persona. El término "hombre" en el cristianismo no hace

referencia a "individuo", ni mucho menos a individuo que se fortifica en su propio "yo" deseador y posesivo. Para el cristiano, el "yo" se constituye en "yo" desde el "tú", desde los otros. Los "otros" no son un añadido accidental a mi yo, sino una dimensión constitutiva del mismo. Es lo que el ya citado Ortega y Gasset llamaba en sus años mozos "la cuarta dimensión". Escribía: "¿Qué añade a mi riqueza este deje de lo individual por bella orfebrería que lleve, si poseo la infinita herencia democrática de lo general humano? De este modo Jesús parece amonestarnos suavemente: no te contentes con que sea ancho, alto y profundo tu "yo"; busca la cuarta dimensión de tu "yo", la cual es tu prójimo, el tú, la comunidad". Se es un "yo" *en y desde* los otros. Por eso la pregunta fundamental del cristiano no es: ¿qué son las cosas? (así preguntaban los griegos), sino esta otra: ¿quién es mi prójimo? Por eso, desde el comienzo de la historia de la salvación resuenan estas palabras de Dios a Caín: ¿dónde está tu hermano? (Gn. 4,9).

Individualismo va unido a utilización del otro para mis intereses; lleva a considerar al otro no como "un fin en sí mismo", sino como un medio; y, al margen de esa utilidad, el otro es tenido por indiferente. Persona va junto a "comunidad", a "apertura al prójimo", y por tanto, a amor, fraternidad y solidaridad. Y para saber qué sea *ese* "amor", los cristianos no disponemos de teorías, sino de una vida única, una vida que en su humanidad manifiesta la esencia de Dios que es amor: la vida de Cristo. Mirando a Cristo con ojos de fe descubrimos que el amor es entrega incondicional, donación sin condiciones, vaciamiento de sí para compartir todo con la humanidad (Flp.2,5-11). El amor no es una "reciprocidad de intereses", por muy nobles que estos sean; no es un buscar en el otro lo que a mí me falta, lo que yo necesito para realizarme. El amor es búsqueda desinteresada del bien del otro. Y este amor, que es seguimiento de Cristo, redimensiona todos los valores humanos, dando un nuevo sentido a la libertad, al autodomínio y, en general, a las virtudes humanas. El amor es, como dice San Pablo, el camino mejor, aunque a veces ese camino implique la cruz.

III

Estos son algunos de los aspectos de la antropología cristiana, algunos "retazos" de la misma. Ciertamente podrían decirse muchas más cosas, y quizás más interesantes y profundas. Pero he querido destacar éstas dado el tema que nos ocupa. Conviene que ahora veamos, o simplemente recordemos las consecuencias de lo dicho en el campo de nuestra vida y acción.

1. Y en primer lugar, las consecuencias que se siguen del hecho de la dignidad de todo ser humano. Todo ser humano, sea cual sea su raza, condición social, edad o estado, es una realidad digna: la dignidad, el carácter de realidad sagrada, es inherente al ser persona porque así lo ha establecido el amor de Dios. La acción del cristiano tiene, en consecuencia, una primera tarea esencial: mantener siempre viva en el ser humano la conciencia de esta dignidad; favorecer en todos los hombres y mujeres, en cualquier estado, situación o edad en que se encuentren, especialmente en los enfermos y mayores, esta "autoestima" fundamental. Esto es algo obvio, pero no por ello menos importante y urgente, debido sobre todo a los valores vigentes en nuestra cultura, que no siempre van esta dirección.

Así, por ejemplo, es un hecho que, desde hace mucho tiempo, desde los comienzos del mundo moderno, el trabajo productivo, esto es, el creador de riqueza material, ha

sido considerado como una virtud dominante. La laboriosidad, el trabajo útil para la sociedad se ha erigido en un criterio casi absoluto y ha monopolizado la valoración de la vida: un hombre vale, merece aprecio y consideración social, en la medida en que trabaja y produce. En cierto modo, el trabajo productivo le otorgaría dignidad. El no trabajador o productor, el que no aprovecha para la creación de riqueza, bien por enfermedad, bien por edad, es en gran medida marginado e infravalorado. Es el caso de los enfermos y mayores, de los jubilados, y sobre todo de los mayores que no se valen por sí mismos. Se les considera una carga.

Salta a la vista, desde nuestra perspectiva, la unilateralidad e injusticia de este modo tan extendido de pensar. No siempre fue así, y no tendría que serlo ahora. La vida humana es mucho más que actividad rentable, y el hombre es infinitamente más que mero productor. La vida no es sólo "hacer", sino que es sobre todo ser y "hacerse"; y es también quietud, reflexión, ocio, amistad, etc. Es, en consecuencia, una injusticia social y un error antropológico marginar a los que no están en condiciones de producir, o a los que el sistema ha apartado del mundo laboral. Hay que luchar contra esa injusticia. Pero lo más peligroso de todo es que uno mismo, al verse enfermo, mayor o improductivo, se automargine y se sienta inútil porque ya no colabora con su trabajo rentable. La acción de los cristianos debe prestar especial atención a esto, y comenzar a ayudar a mantener viva la conciencia de la propia dignidad.

En lo que toca al tema de la edad, por seguir con el ejemplo, hay que subrayar que la dignidad del ser humano abarca a la vida entera desde el principio hasta el final, esto es, a todos los momentos o edades. La vida humana es una unidad; se es siempre el mismo, aunque no se sea siempre lo mismo. Esa vida, en su totalidad y unidad, está caracterizada por momentos o etapas. Es lo que llamamos "edades de la vida": la niñez, la adolescencia, la juventud, la adultez, el ser mayor, la ancianidad, etc. Cada una de esas etapas tiene sus características, su valor propio, sus virtudes. Y aunque todas son igualmente dignas y valiosas, las sociedades han valorado más unas que otras. Así, hasta no hace mucho, la sociedad valoraba muy positivamente a los mayores como depositarios de las virtudes más apreciadas: la serenidad, la prudencia y la sabiduría, la experiencia, el desprendimiento, etc. y los jóvenes se esforzaban por parecerse cuanto antes a los mayores, gozar de su reputación, vestir como ellos, etc. El mayor gozaba de prestigio e incluso de veneración.

Las cosas han cambiado mucho desde la Segunda Guerra mundial, según los expertos; se ha venido invirtiendo la valoración, y al parecer a partir de ese momento asistimos a una progresiva exaltación de la juventud: su belleza, su fuerza, su estilo de vida, sus modos de vestir, etc. Y la juventud es ahora objeto de imitación de parte de los mayores, que quieren parecerse a los jóvenes en todo.

Esta situación relativamente nueva está produciendo no pocos problemas y distorsiones. Se sitúa lo valioso de la vida no en su conjunto y unidad, sino en un momento de ella, y se tiende en consecuencia a infravalorar las otras etapas, especialmente la de ser mayor. Esto suele engendrar la "angustia del tiempo", y el miedo a la vejez, haciendo imposible la asimilación gozosa y serena de la propia edad, y, además, conduce a sobrevalorar las apariencias: aparentar ser joven, disimular la edad, querer engañar al tiempo. El cuerpo, lugar de las apariencias, se convierte así en lo principal y su cuidado en tarea obsesiva. Nuestra sociedad nos da, en consecuencia, poderosas y atractivas imágenes de lo que es un "cuerpo bello", y nos dice qué hemos de hacer para conseguirlo; pero no nos da imágenes de lo que es una "alma bella" ni de cómo podemos alcanzarla.

No hace falta insistir en que esta situación sólo produce malestar. En ella se desprecia culturalmente el ser mayor y, por eso, entre otras cosas, se teme llegar a esa edad. Es ciertamente una paradoja: una sociedad como la nuestra, en la que la esperanza de vida se alarga y cada vez hay más mayores, entroniza como modo de vida ideal el de la juventud.

Una correcta concepción del ser humano debe procurar evitar estas exageraciones, y ayudar a valorar en lo que son cada uno de los momentos o etapas de la vida, con sus peculiares características y virtudes. No es posible detener el tiempo. Hemos de reconciliarnos con él y aprender a vivir con plenitud el curso entero de nuestra vida. De lo contrario anidará en nosotros el resentimiento, un resentimiento que nos impedirá vivir en plenitud las etapas en que nos encontramos. E imposibilitará que afloren los valores y virtudes característicos del ser mayor. Es frecuente hablar hoy de estos valores y virtudes. Así, por ejemplo, se hace referencia al desprendimiento, es decir, a la virtud de no vivir ya apegados y atrapados por las cosas, los haceres o los bienes; se habla del ritmo de la vida, que ya no es frenético, centrífugo y disperso, sino más pausado y concentrado; se habla de la serenidad y de la disponibilidad, de la sabiduría, etc. Sin embargo, estas virtudes o valores, y otros que podemos señalar, no son sino posibilidades: es decir, no se poseen con el mero paso del tiempo, sino que hay que proponerse el tenerlos. Y eso es imposible si no se es capaz de asumir el tiempo, la edad, con gozo y esperanza. La acción del cristiano junto con la tarea de avivar la conciencia de su propia dignidad, debe ayudar a que, desde una concepción unitaria de la vida, se asuma con dignidad y alegría el paso del tiempo y la necesaria condición de ser mayores; debe ayudar a valorar de forma correcta esta etapa de la vida para que así puedan florecer en ella valores y virtudes que, sin duda, nuestra sociedad necesita más que la mera creación de riqueza.

2. El ser humano, hemos dicho, es siempre una posibilidad abierta: estamos llamados a ser siempre más y mejores. La vida humana es una progresiva e inacabada realización, es quehacer. Y lo es en cualquier situación o etapa de la vida. Y la norma de este quehacer inacabable es Cristo.

Lograr la propia plenitud, desarrollar todas las virtualidades que somos, crecer como persona, mejorar el carácter, adquirir virtudes, etc. De todo esto no hay vacación posible, pues el vivir mismo tiene siempre sus exigencias.

Se puede crecer en humanidad en la enfermedad, el dolor, las experiencias de fracaso o el sufrimiento. Asumir la propia contingencia y vulnerabilidad, vivir a la propia condición humana con esperanza, permite poner en primer plano una espiritualidad distinta a la del éxito y el poder. Aprender a ser débil y a reconocer los propios límites nos lleva a vivir más auténticamente la propia humanidad. El dolor, el sufrimiento, el fracaso, si son correctamente asumidos nos pueden hacer más humanos: más comprensivos y compasivos y menos orgullosos y despreciadores.

Lo mismo ocurre con la edad. Cuando vamos dejando tareas, nos vamos desocupando de responsabilidades externas, siempre queda la gran tarea, el negocio más importante, que es ir construyendo nuestra propia vida: seguir haciéndonos a nosotros mismos, seguir ahondando en nuestra personal vocación, incrementar el cultivo de aquellos aspectos de la vida que quizás, por exceso de responsabilidades, trabajos y quehaceres, antes hemos descuidado. Siempre tenemos delante una tarea, en la que somos insustituibles, y que es la tarea más importante y la única decisiva: realizar nuestra propia vida, hacer que nuestro vivir sea más personal y rico en humanidad. Es así como podemos ir viviendo nuestra libertad y como nos vamos liberando del fatalismo que con excesiva frecuencia se aloja en nuestras conciencias.

3. El ser humano es "persona", hemos dicho. Es ser en relación, ser desde los otros y con los otros. Es lo que llamamos con Ortega y Gasset "la cuarta dimensión". Nuestra cultura, sin embargo, fomenta el individualismo, el pensar sólo en los propios intereses y bienestar y, en consecuencia, la indiferencia y la despreocupación con respecto a los demás. La concepción cristiana del hombre rechaza este individualismo insolidario y propugna la comunidad, la sociabilidad, la preocupación y cuidado del otro, el ser y el vivir juntos. Propugna la fraternidad o, si se quiere llamar así, la solidaridad.

Preocuparse por los otros; no ser indiferente; estar disponible para los demás, tener tiempo que compartir, todo esto son actitudes que deben fomentarse desde una concepción cristiana de la vida. Aquí entraría toda la perspectiva del cuidado, que es una faceta del amor cristiano. Me remito en esto a las segunda parte de la encíclica de Benedicto XVI "Dios es amor".

4. Para terminar estas reflexiones, quiero referirme a un aspecto muy importante. Hemos dicho que, desde la perspectiva cristiana, el hombre es un ser finito y limitado que, en lo más hondo de su ser, y en virtud de ser por creación imagen de Dios, desea y anhela el Infinito; hemos dicho que su bien verdadero no puede encontrarse en este mundo, pues está hecho para Dios y nada que no sea Dios podrá llenar su corazón, a no ser que se degrade a sí mismo como ser humano. Esto quiere decir, por un lado, que el hombre debe asumir su condición de criatura, de ser limitado, y de ser limitado en el tiempo: esta vida, no es la vida; esta vida se acaba. La muerte es un límite insalvable. Pero, por otro lado, la muerte da paso, puesto que creemos en Dios y en Jesucristo, a la vida verdadera que no conoce ocaso. El creyente ha de ser un hombre de esperanza.

Spinoza escribió: "La sabiduría no es una meditación sobre la muerte, sino sobre la vida". Y posiblemente tuviera razón. Pero forma parte del vivir la perspectiva del final, que es la suprema fragilidad humana. Una cultura de la vida no es sana si oculta la muerte. El hombre viviendo en plenitud debe prepararse para asumir con serenidad y esperanza el límite insalvable de la muerte. El cristiano, en cualquier caso, tendrá muy presentes las palabras de San Pablo: "En la vida y en la muerte somos del Señor".

Valencia, 20 de mayo de 2006